

tado ya en todos los círculos sociales, ocupaba, por voto unánime de los árcades, el puesto de *Mayoral* que dejó vacante la muerte de Fray Manuel de Navarrete. A cada momento mi pluma ha tenido que detenerse para no estampar el nombre venerado de este poeta. Y es que, con deliberada intención, quise dejar este lugar al primero de los cantores de la Patria en los tiempos en que era un crimen alzar la voz para enaltecerla y glorificarla (1). Este poeta amable y persuasivo, este hombre bueno, se llamó don Francisco Manuel Sánchez de Tagle.

\*  
\* \*

La melancolía y el amor me hicieron poeta: así lo declara Sánchez de Tagle (1782-1847), en una sentida confesión íntima. Y es verdad. Las obras en verso de este patriarca literario están poseídas de incurable tristeza y de amorosa ternura. Ni la retórica, altisonante y cultorana, de sus odas; ni el almibarado amaneramiento de sus versos eróticos, ni la solemnidad rebuscada de sus cantos patrióticos, ni las notas orgiásticas, de candorosa falsedad, de sus anacreónticas, pueden ocultar un fondo de dis-

(1) Según José Rosas Moreno (Apuntes sobre *Guanajuato*, México, 1876), el primer poeta que cantó á la independencia fué doña María Josefa Mendoza. Pero no hemos podido comprobar esta aserción ni encontrar los versos de la poetisa, á quien también cita Beristáin.

gusto, un sedimento de pena, un dejo de amargura. Y es que el poeta tenía, él mismo lo dice en su confesión, un corazón demasiado sensible y delicado, y la época en que vivió no era propicia á la quietud consoladora, á la contemplación extática, al tranquilo esparcimiento del ánimo. Época fué, por el contrario, agitada, tumultuosa, batalladora: las ideas, las pasiones, los intereses libraban un perpetuo combate. La sociedad mexicana, removida hasta su oscuro subsuelo por un soplo huracanado de odio, de amor y de libertad, luchaba, por orgánico instinto, para reconstruirse sólidamente, y en esta lucha chocaban unos contra otros los espíritus, como escudos de guerra. Sánchez de Tagle, herido y maltrecho en las primeras horas de su juventud, supo templar al fin su alma y abroquelarse serenamente contra los ataques insidiosos de la maldad; supo convertir la blanda cera de su sentimentalismo en fuerte acero de convicción y de justicia, y de aquella exquisita fantasía salió más de una vez el rayo de las sagradas iras.

La existencia de este varón conspicuo fué larga y abarcó algunas características etapas de nuestra historia: los postreros años del Virreinato; todos los episodios de la Independencia; el Primer Imperio; el establecimiento de la República; la invasion norteamericana. En todas ellas, con excepción de la última, que lo halló cansado y le produjo la terrible desilusión

que abrevió su muerte, Sánchez de Tagle ejerció los dones de su musa; y así le escuchamos cantar, con arcaica galantería, á doña María Inés de Jáuregui, *dignísima virreina*, como lanzar ditirambos á la estatua de Carlos IV, como entonar valientes himnos cívicos en loor de los héroes insurgentes, como llorar con lágrimas de pesadumbre y de encono la muerte de Morelos, como increpar con dura entonación á los realistas ante el sepulcro de Hidalgo y de Allende, como exaltar, por fin, las glorias bélicas de Santa Anna y Terán después de la derrota de Barradas. Laborioso y leal servidor de la Patria, hombre de sana y razonada piedad, honrado y apacible jefe de familia, por su conducta alcanzó esclarecida fama en su tiempo. Poseía juicio sereno, amplia cultura, tierno corazón, fe inquebrantable.

Se sirvió de las formas poéticas de su época, pero las dignificó muchas veces. La suave puerilidad de Meléndez le sirvió para sus canciones amorosas; el coruscante rebuscamiento de Quintana y aun de Herrera, para sus odas y elegías. Caro, Rioja, de la Torre y Andrada, suelen prestarle ropaje del siglo XVI para revestir sus melancolías y sus sueños. Escribió silvas de marcado sabor clásico. Gustó de hacer claras las imágenes expresándolas, sin embargo, con voces eruditas y sabios neologismos. En sus estrofas, aunque lejana, suena, en ocasiones, la intrincada música gongorina.

Las alusiones y los tropos mitológicos ornamentan su estilo. Es rimbombante, pero noble; afectado, pero pulcro. Un afán de buen decir domina y amordaza su inspiración. La Harpe, Boileau, Blair, le ponen freno á su fantasía, aunque es cierto que más que fantasía tuvo Sánchez de Tagle buen sentido, razonamiento y medida. El señor de Luzán y Claramunt es para él una sombra consejera y guía. Mas, de cuando en cuando, por encima de esta malla espesa de preceptismo, saltan las expresiones puras y hermosas, desnudas y libres. Salen, eso sí, esculturales y pulidas, obras, al cabo, de un paciente artífice, mas llenas, también, de emoción y de sentimiento.

Así, por ejemplo, una de las *Odas pindáricas*, la claridad de la noche le hace exclamar:

En qué profunda y silenciosa calma  
se queda absorta y sumergida el alma!

En la oda religiosa á San Vicente de Paul, tiene esta imagen, á propósito de las devastaciones de la guerra:

Así saña infantil derriba el nido  
que al diligente avión costó mil vuelos.

Pero, en general, el ardor de su fantasía se vuelve académica tibieza, por la preocupación de seguir de cerca los cánones de la Poética del siglo XVIII.

Conocedor de Horacio y de Virgilio, á quie-

nes leía con deleite, los recuerda algunas veces, al componer. Pocas huellas dejaron en él Jovellanos y los Moratín, pero muy honda, indeleble, la dejó Meléndez Valdés. Así es como se lo imagina en el Olimpo:

Un joven aparece; trae ceñida  
la frente con la rama  
que respeta de Júpiter la llama;  
una cítara de oro tiene asida;  
viene de gloria pleno,  
de Venus precedido y de Sileno.

Las Gracias lo acompañan, y Cupido,  
con celestial sonrisa,  
por besarle la boca se da prisa:  
de celos Temis muestra el pecho herido;  
Primavera sin tasa  
va derramando flores por do pasa.

Un enjambre de abejas susurrantes  
gira con blando vuelo  
en torno de su labio, y es su anhelo  
poner allí la miel que en las fragantes  
frescas rosas chupara  
cuando por el jardín raudo volara.

Píndaro excelso y el sublime Homero,  
suave Anacreón y Horacio,  
Pope, Young, y Virgilio, honor del Lacio,  
Rousseau, Bacon, Malherbe y el severo

Boileau, Racine, el Tasso,  
León, Herrera, Argensola y Garcilaso,

Reverentes lo besan y lo guían  
con cariñoso celo  
á do reside el árbitro de Delo,  
y las hermanas mueve, que aún tañían.  
El llega, y calla todo....

.....

Y en una nota á su composición *El Rompimiento* dice: «El divino Meléndez, gloria inmortal de nuestro Parnaso». A otro divino, á Herrera, rinde así mismo homenaje y culto. El padre de la escuela sevillana se le aparece á cada momento, en el recuerdo, y lo compele á seguirlo y parafrasearlo:

A Júpiter así, tropa salvaje  
de raza gigantea  
negó el debido culto y homenaje,  
provócalo á pelea,  
y añade insultos al primer ultraje.  
Los elevados montes desquiciaron:  
los ven los dioses, con pavor y asombro,  
que, cual arista al hombro,  
así los llevan; fieros hacinaron  
uno sobre otro, y luego  
van el cielo á talar, á sangre y fuego.

Llegada la ocasión, Quintana y Cienfuegos  
le prestaron un poco de su arrebató y lozanía.

Y no por este acercamiento á la poesía española se crea que era desconocedor de la extranjera. Familiarizado con los idiomas francés é italiano, las dos fraternas lenguas romances, leyó mucho á los enciclopedistas, á Voltaire, á Rousseau, y entretuvo sus ocios en verter, en verso castellano, un cántico devoto de aquel gran heresiarca, algunos lirismos piadosos de Jean Baptiste Rousseau, una fúnebre fantasía de Alphonse de Lamartine y algunas páginas de Metastasio.—(*El Estío* del célebre abate conserva, en la traducción mexicana, su deliciosa y colorida sencillez).

Sánchez de Tagle no fué un moralista en verso, como por entonces se estilaba. No escribió irónicas sátiras ni sentenciosas epístolas. Vivió transformando sus ideas con el curso de los años, adelantándose, con generosa intuición, al pensar y al sentir de sus contemporáneos. Y del mismo modo que sus vestidos que, al comenzar el siglo, eran el obscuro casacón, el calzón corto, la media negra, la chanela con hebilla de plata; y en el año de 1847, eran la levita de largos faldones, el constrictor y alto corbatín, el pantalón ajustado y largo, del mismo modo, repito, fué adaptándose su temperamento á las modificaciones del medio. Y el lunar de una virreina, y las desdichas de la Madre España, y la estatua imperial de Carlos, y el heroísmo insurgente, y la libertad de la Patria, le arrancaron ya cortesanas, ya la-

mentos, ya elogios de vasallo fiel, ya gritos épicos, ya triunfales himnos.

Pero tanto cantó al dolor y á la tristeza como á la Religión y á la Patria. *Al Infortunio*, á la *Melancolía*, á los *Afectos del Misántropo*, á la *Infelicidad humana*, son títulos en las producciones líricas de Sánchez de Tagle. Y aquí también se ve la influencia de Quintana: la orientación hacia lo abstracto. Cantó á la luna en una noche de tempestad; cantó á la luna en tiempo de discordias civiles.

Del neo-clasicismo artificioso y sensual, pasó este poeta, por transformaciones sucesivas y quizá inconscientes, á un lacrimoso y escéptico romanticismo; al que lo condujeron, sin esfuerzo, la revolución literaria naciente, los nuevos modelos, y su corazón delicado y sensible. Sánchez de Tagle, desde este punto de vista, es el primer romántico mexicano.

\*  
\* \*

El año de 1817 dejó de publicarse el *Diario de México*. Su desaparición era sintomática: la revolución parecía vencida; frustrados los anhelos de libertad. En frente de lo futuro, encapotado como un horizonte de borrasca, en sombras relampagueantes, se hacía un largo silencio doloroso y dramático. La autoridad española parecía haber recobrado su vacilante fuerza, y acallado y apaciguado, por fin, ver-

tiendo sangre y repitiendo promesas, el tumulto amenazador de *criollos* y *mestizos*. Ninguna publicación importante sustituyó al *Diario. El Noticioso*, papel trisemanal fundado por el infatigable don Juan Wenceslao Barquera en 1816, y que, con la *Gazeta del Gobierno*, sobrevivió al mutismo periodístico, es, como lo indica su título, un simple recopilador de noticias nacionales y extranjeras, y muy rara vez prohija una literatura sin savia, sin color, sin vida. No se oye un grito, no se percibe una protesta. La poesía, fatigada y anémica, espera, con el ceño fruncido, la hora en que ha de abrirse su forzado encierro. Es un ave enjaulada que aguarda á que pase la noche para cantar.

Desde 1817 hasta 1820 no se perciben movimientos intelectuales dignos de mención. Sólo la vuelta de los Jesuitas, á mediados de 1816, despierta, durante un corto espacio, la modorra aparente de los poetas. Aquí torna el canónigo Beristáin, impulsador constante de las letras, á promover un certamen; y éste se efectúa en honor de los magnos educadores. Tal concurso, menos lucido y fastuoso que los anteriores, sirvió para hacer una alta revelación: el advenimiento de otro poeta mexicano que acababa de llegar á la vida y se presentaba, como el Petrarca de Juan Montalvo, apoyado en las musas invisibles: don Francisco Ortega.

\*  
\* \*

El poeta don Francisco Ortega (1793-1849) es el más pulido y cuidadoso versificador de su tiempo.

Si en sus primeras composiciones pueden ser notados los defectos prosódicos de la época, comunes á todos los poetas mexicanos, en cambio, conforme Ortega se adueña de su arte, va corrigiéndolos lenta pero seguramente, hasta que en sus odas didácticas en elogio de don Mariano José Sicilia, al publicarse las *Lecciones de Ortología y Prosodia*, la rima y el ritmo adquieren una perfección inusitada entonces. Mas la ternura y la armonía de la versificación no corren, por cierto, parejas, con el brillo del estro y el vuelo de la fantasía, que de ser así, don Francisco Ortega hubiera sobrepasado notablemente el nivel que alcanzaron sus contemporáneos Sánchez de Tagle y Quintana Roo. Mesurado frecuentemente en la dición, es calculador en la fantasía. Sus imágenes, sus tropos, sus metáforas, son obra paciente de la meditación, no espontáneo impulso de la imaginación. Esta moderación, esta discreción, impiden el arranque desmelenado de un lirismo arrebatador. Ortega es claro pero frío, como Sánchez de Tagle, aunque, por la propensión de su gusto depurado, cae, menos veces que este otro poeta, en el prosaísmo.

El anhelo de consevar siempre la compostura académica, lo obliga en muchas ocasiones á que sus pensamientos y sus sentimientos nobles, verdaderos y profundos, aparezcan revestidos con un traje declamatorio que les da el aspecto de engañosas ficciones.

Porque este poeta, como casi todos los de su tiempo, fué un poeta civil; y, llegada la oportunidad, puso su lírica al servicio de la causa política, que era una suprema causa: la causa de la Patria. La efervescencia de los episodios dramáticos que se sucedieron más tarde en la vida nacional, eran algo así como los dolores de un alumbramiento, la pugna del nuevo sér al desprenderse por esfuerzo natural y necesario de la matriz que lo contuvo; y esa agitación, esa inquietud, llegaba á las líras de los poetas, y, sacudiéndolas, les arrancaba cantos heroicos, alabanzas olímpicas, frenéticas inspiraciones. El júbilo de la libertad embriagaba á las musas, como un fuerte y agrio posca.

Ortega sintió, como los otros, esta borrachera de ideal y de vida. Pero su temperamento delicado no le permitió llegar al exceso. Sus características fueron la moderación y la templanza. Hombre de gran salud moral, se se detuvo en los límites de un generoso y razonado entusiasmo. Era un sagaz y prudente observador. Por encima del tumulto de las pasiones, la severidad de su juicio clareaba como luz de estrella sobre ola de borrasca.

Así, cuando la adulación de los cortesanos, la impetuosa admiración de un ejército y el ciego delirar de un pueblo, levantaron á Iturbide hasta la efímera visión de un trono, este poeta cantó el poema de la verdad y de la justicia, y quiso, con su elocuencia libre y clarividente, convencer á la ambición en sus desatentadas locuras. La oda de Ortega á Iturbide es una de las páginas más honradas, valientes y puras de aquella época impura y revuelta:

¿No miras, oh caudillo deslumbrado,  
ayer delicia del azteca libre,  
cuánto su confianza,  
su amor y gratitud has ya perdido....

.....  
¿De la envidia las sierpes venenosas  
del trono en derredor no ves alzarse,  
y con enhiestos cuellos  
abalanzarse á tí? ¿los divinales  
lazos de amistad bellos,  
rasgar, y conjurarte mil rivales?

.....  
La cándida verdad, que te mostraba  
el sendero del bien, rauda se aleja  
del brillo fastuoso  
que rodea ese solio tan ansiado;  
ese solio ostentoso,  
por nuestro mal y el tuyo levantado.

Tres númenes inspiran á Ortega; son los

mismos que mueven y socorren la musa de Sánchez de Tagle; los mismos que estremecen el alma deslumbrada de los mexicanos de entonces: la Patria, la Religión, el Amor.

Ortega es un creyente de cuerpo entero; sin una vacilación, sin una duda. Era un fiel y severo católico, obediente á los dogmas de la Iglesia. Su fe, un poco pueril pero respetable, era la de su tiempo; era la ortodoxia común, que, de cuando en cuando, envolvía él en la limpidez sonora de sus versos. Su poema más acabado y elegante, es, sin duda, el que, con unción verdadera y elevada entonación, escribió sobre un asunto teológico: *La venida del Espíritu Santo*.

Canta Ortega cuanto se refiere á acontecimientos de la época, á *México libre* (en un melodrama heroico en el que aparecen personificaciones de la más pura abstracción, como la Ignorancia, el Despotismo, la Libertad, en diálogo y en acción, con la América, y las deidades paganas Marte, Palas y Mercurio), al *Ejército Triguarante*, á *Iturbide*, á la *Instalación de la Diputación Provincial*, á las *Discordias civiles*, á la *Epopéya de Tampico*. Lo curioso de estas composiciones patrióticas es que, en una de ellas, está interrumpida, de pronto, la versificación de la silva (combinación de endecasílabos y eptasílabos) y colocada una estrofa de arte menor (una octavilla de seis ú ocho sílabas), como fragmento de un himno,

para volver luego á seguir el curso cadencioso de la oda. Son los primeros rayos de la alborada romántica.

Ortega se valió también de la fábula para hacer poesía política. Hay en su colección algunas composiciones de este género.

El amor que lo inspira es suave y casto, tímido y ruboroso. Se vale, como sus antepasados y sus contemporáneos, como Navarrete y Sánchez de Tagle, de la vieja anacreónica, del lenguaje de la égloga, del disfraz pastoril, para expresar sus amorosos devaneos. Conserva todavía el convencionalismo y la melosidad de Meléndez. Como Arriaza, es, á veces, elegante y atildado. Mas en estas farsas infantiles de una poesía mediocre y vetusta, Ortega encuentra el modo de mostrar un alma toda sencillez, un corazón todo pureza.

Los ojos de Delia lo enamoran y fascinan.

Bajo este arcaico nombre, herencia de los *eglogistas* italianos, se oculta la única y suave pasión del poeta. No hay otra en toda la obra. Y se adivina en ella cómo el hombre realizó su ilusión y formó un hogar lleno de castidades y ensueños.

\* \* \*

El triunfo de la revolución constitucionalista, en España, puso de nuevo en vigor la ley magna promulgada en Cádiz el año de 1812 y

derogada poco tiempo después de haberse jurado aquí en medio de la convulsión insurgente. Tal fenómeno político apresuró la realización de la Independencia. Sin ponerse de acuerdo, absolutistas y liberales coincidieron en creer llegada la hora de hacer viable y definitivo el pensamiento que anidaba en todos los cerebros, el ansia que ocultamente agitaba todos los pechos americanos. El período de crisis social tocaba á su fin.

La literatura nacional rompió á hablar de nuevo, después de su forzado silencio. Habló por medio de folletos efímeros, de cuadernillos alados, de rápidos y humorísticos escritos que se cruzaban, brillando en la obscuridad de la vida mexicana, preñada de inquietud y esperanza, como insectos luminosos en la penumbra de un vasto jardín. No reapareció el periódico circunspecto y constante; no se reprodujo la época de entusiasmo y estímulo del *Diario de México*; no se desbordaron las publicaciones en versos fragantes como cestos colmados de rosas; pero los *panfletistas* de 1810 y 12, los ágiles combatientes de las ideas, sí tornaron á presentarse. Algún papel, sin embargo, tuvo por poco tiempo el carácter de periódico, como *El Conductor Eléctrico* y *El Argos*; pero su vida fué breve, y tras de breve, intermitente. El tiroteo apasionado, veheméntísimo, incesante, lo mantuvo el folleto. El *Pensador*, que escribió entonces muchas hojas vo-

lantes, pareció inagotable; su facundia, su fecundidad hicieron explosión y alcanzaron proporciones gigantescas. Es célebre la polémica sostenida entre el libre-pensador Fernández de Lizardi y el conservador Fray Mariano Soto á propósito de la situación.

Por ella, mejor que por otros escritos del tiempo, se viene en conocimiento del avance, cada día más firme y más rápido, de las ideas nuevas. La lucha intelectual entonces tomó un sólo aspecto: el político. La Colonia no estaba, de derecho, emancipada aún del poder hispano; pero, de hecho, comenzaba á estarlo ya, porque, como escribió alguna vez el general Calleja: "Seis millones de habitantes decididos á la Independencia no tienen necesidad de acordarse ni convenirse".

La terminación de tan largo período de intranquilidad fué, como se sabe, el simbólico abrazo de confraternidad que, en un pueblo del Sur, se dieron don Vicente Guerrero y don Agustín de Iturbide. El general insurgente y el coronel realista fundieron en él la aspiración de absolutistas y liberales, y sellaron, con signo de amor, una ansiada reconciliación y un perdón generoso y sincero.

Mi insigne maestro don Justo Sierra, en su profundo y sintético estudio sobre la evolución política y social de Mexico, resume y explica de esta manera y con nutrida y jugosa conci-



sión, el fenómeno histórico de nuestra Independencia:

“Un capítulo de trescientos años de historia española quedó cerrado el 27 de Septiembre de 1821. Comenzaba la historia propia de un grupo nacido de la sangre y el alma de España, en un medio *sui generis* físico y social; ambos influyeron sobre la evolución de ese grupo: el primero, por el simple hecho de obligarlo á adaptarse á condiciones biológicas, bastante, si no absolutamente, distintas de la ambiencia peninsular; y el otro, el social, la familia terrígena, transformándolo por la compenetración étnica, lenta pero segura, de que provino la familia mexicana. Es verdad que á su vez el grupo indígena fué transformado: admirablemente adaptado al medio en que se había desenvuelto, había adquirido un núcleo social que estaba en plena actividad en la época de la conquista. Ésta, al mismo tiempo que la proporcionó, con nuevos medios de subsistencia, comunicación y cultura moral é intelectual, la facultad de ensanchar esa actividad indefinidamente, lo sumergió de golpe en una pasividad absoluta, sistemáticamente mantenida durante tres siglos, y que se extendió poco á poco á toda la sociedad nueva.

“La evolución española, cuya última expresión fueron las nacionalidades hispano-americanas, no tuvo por objetivo consciente (á pesar de que este debe ser el de toda colonización

bien atendida, y todo menos eso fué la dominación española en América) la creación de personalidades nacionales que acabaran por bastarse á sí mismas; al contrario, por medio del aislamiento interior (entre el español y el indio, abandonado á la servidumbre rural y á la religión, que fué pronto una superstición pura en su espíritu atrofiado), aislamiento concéntrico con el exterior, entre la Nueva España y el mundo español, trató de impedir que el agrupamiento que se organizaba y crecía, por indeclinable ley, en la América conquistada, llegara á ser dueño de sí mismo.

“Pero la energía de la raza española era tal que el fenómeno se verificó, y al cabo de tres siglos, gracias á que la comunicación se había verificado, como un fenómeno osmótico, entre los grupos en el interior y las ideas en el exterior, se encontró España con que había engendrado Españas americanas, que podían vivir por sí solas, lo que ella se esforzó en impedir por medio de una lucha insensata . . . . .”

Por lo que toca á los hechos y aspectos puramente literarios de este lapso de veinte años que he venido analizando, creo que todos ellos pueden reducirse á dos fórmulas:

1<sup>a</sup>—La literatura mexicana, desde 1800 hasta 1810, conservó su fisonomía neta y absolutamente española; puede afirmarse que no fué otra cosa que una rama ó prolongación de la literatura hispana del siglo XVIII, con todos

los caracteres de este período de decadencia: el *culteranismo*, el *prosaismo*, unidos al atildamiento y artificio *seudo-clásicos*.

2ª—Las agitaciones sociales y políticas que desde 1810 hasta 1821 sufrió la Colonia alteraron las formas literarias, creando la literatura política, y dando entonación heroica á la poesía lírica, siempre con la indispensable y natural dependencia y sujeción de los modelos españoles. En las ideas y en las expresiones que se transformaron, se nota ya la influencia de la literatura francesa; pero esa influencia no es directa, sino que nos llega por medio de nuestro contacto con el alma española, la cual sufre en aquella época la sugestión y la fascinación del pensamiento francés. Nótase también una marcada tendencia, por parte de algunos escritores, á dar carácter, personalidad y peculiaridad á la literatura novo-hispana; á copiar y á reproducir fielmente nuestro medio físico, moral y social, y á hacer entrar en la prosa, y aún en el verso, giros y modismos populares. Esta tendencia, iniciada ya de tiempo atrás, adquiere fuerza y desarrollo durante la guerra insurgente, y tiene por origen la necesidad de hablar al pueblo, en su lengua y con su espíritu, de cosas que necesariamente debía comprender y saber, para animarlo á entrar, como primer factor, en la lucha por su libertad. De allí, la aparición del escritor que personifica este impulso: *El Pensador Mexicano*.

Cuando México se sintió libre, cuando tuvo la conciencia de su soberanía, pasado el primer instante de goce arrebatado y sublime, empezó desde luego á tratar de constituirse en un sólido organismo en marcha progresiva. Y en esa tarea tuvo que recurrir inmediatamente á dos nuevas formas literarias, de que hablaré al comenzar el estudio de la época siguiente; á saber: el periodismo de doctrina; la oratoria parlamentaria.

LUIS G. URBINA.

Julio de 1910.